



ESPAÑA, EUROPA, EE.UU.

NO es esta la primera vez que España tiene que enfrentarse al dilema de elegir entre priorizar sus relaciones con Europa o con los EE.UU.. Sucedió ya con la firma de los Convenios de Ayuda y Defensa con los EE.UU. de 26 de septiembre de 1953 y se repitió la situación diez años más tarde con motivo de la negociación para renovar esos acuerdos. El 7 de mayo de 1963 nuestro Embajador en Washington, Antonio Garrigues Díaz-Cañabate, dirigió una carta al entonces Ministro de Asuntos Exteriores, Fernando Castiella, en la que recomendaba firmemente la renovación de los citados acuerdos con las dos condiciones siguientes: «En primer lugar elevar el rango de los Tratados, si no en la letra y en la denominación —lo que, como sabes, obligaría a intervenir al Poder Legislativo, siempre incierto— sí de hecho, obteniendo un verdadero pie de igualdad con Estados Unidos, como el que concede a los otros aliados europeos. En segundo lugar, hacerlo de modo que la alianza americana no nos aisle de Europa, como de hecho ha ocurrido desde 1953, sino al contrario, nos enlace con ella y concretamente con los dos países que más nos interesan —independientemente de Gran Bretaña, que es un caso aparte— es decir, Francia y Alemania».

Desde aquellas fechas hasta hoy han pasado muchas y muy buenas cosas. Se ha recuperado y consolidado la democracia, nos hemos integrado plenamente en Europa y se ha producido una admirable modernización de nuestra vida económica, social y cultural. Lo hemos hecho bien todos y todo, con calidad, incluso con excelencia. La guerra de Iraq —;maldita y deplorable guerra!— ha vuelto, sin embargo, a complicarnos tanto la convivencia ciudadana como la estabilidad institucional y política. Volvemos al viejo dilema entre Europa y los EE.UU.. Volvemos a poner a prueba, peligrosamente, nuestra sensatez colectiva.

Yo me opuse reiteradamente y de forma inequívoca desde esta misma Tercera de ABC, tanto a la invasión de Iraq como a la decisión de alinearnos de manera absoluta con la posición americana en cuanto ello pudiera afectar negativamente a nuestra relación con Europa. En todo eso coincidí —y pienso que sigo coincidiendo— con una gran mayoría de los ciudadanos españoles. Pero ante los hechos consumados, es decir, la invasión y la alineación de España, no es necesario ni conveniente, reaccionar —como si de una cuestión de principios se tratara— con otros hechos consumados de diferente signo al igual que no sería lógico ni inteligente compensar los errores ajenos añadiendo los propios. Cuanto menos, habrá que pensarlo con cuidado, con objetividad y sobre todo anteponiendo el interés real de España a cualquier otro.

Y en estos momentos el interés real de España parece claro: mejorar substancialmente su relación con Europa y mantener la excelente relación actual, la mejor en toda nuestra historia, con los EE.UU.. Será más o menos difícil y complicado hacerlo, pero eso es exactamente lo que hay que hacer. No tenemos porqué enfrentar-

Europa tiene que estar presente en las crisis actuales con una voz fuerte y bien consensuada.

Sin Europa no hay solución civilizada a los problemas del mundo y sin los EE.UU. no hay solución posible. Vigorizar y dar sentido concreto a la relación atlántica es la solución obvia y la obligación más urgente

nos con el país más poderoso del mundo para poder cambiar el signo de nuestra relación con Europa. Sería una equivocación gravísima que podemos y debemos evitar a pesar de todos los pesares que se puedan poner en la balanza contraria. Es decir, a pesar de que la invasión pudo y debió ser evitada; a pesar de las graves incompetencias que se han puesto de manifiesto durante y después de la invasión; a pesar de que ya parece claro que el gobierno americano y el gobierno inglés manipularon de forma interesada las pruebas sobre posesión de armas de destrucción masiva y las conexiones terroristas; a pesar del daño que su peculiar equipo de ideólogos ha producido a la convivencia global desacreditando y descalificando a las Naciones Unidas; a pesar de haber generado una profunda y peligrosa división en Europa aislando y castigando al eje franco-alemán; a pesar de poner en peligro la relación atlántica; a pesar de haber incumplido su promesa de adoptar posturas menos sectarias y mucho más comprometidas en la crisis, cada vez más profunda y dramática, del Oriente Medio; a pesar de sus continuas resistencias a las instituciones multilaterales y globales; a pesar de la forma —muy alejada de toda humildad— con la que, al fin, ha pedido la colaboración internacional.

A pesar de todo lo anterior y de cualesquiera otros pesares, es, en efecto preciso que, el mundo occidental en su conjunto, más Rusia y China, colaboren decididamente con los EE.UU. a salir de unas encrucijadas sumamente complejas (Iraq y Oriente Medio) que si no se controlan pronto en alguna forma pueden colocarnos a todos en situación de grave riesgo, en auténtico peligro, porque estamos «fabricando» a marchas forzadas, en jornadas de tres turnos, odios, fanatismos y fanáticos que acabarán siendo absolutamente incontrolables, auténticas armas de destrucción masiva. Francia y Alemania ya han iniciado —aunque sea con reservas— un proceso de acercamiento a los EE.UU. y no tendría mucho sentido que España iniciara, a solas, el proceso contrario.

José Luis Rodríguez Zapatero —un hombre que está en condiciones de ser un gran presidente, un hombre que cree en las formas y en las buenas maneras— tiene mucha y buena razón al proclamar la necesidad de «corregir el rumbo de la política internacional» y es ahí justamente donde España puede cumplir un papel muy significativo en este momento histórico. Gracias a todos los gobiernos democráticos anteriores y gracias en concreto a los gobiernos presididos por José María Aznar, hemos alcanzado un alto crédito como nación seria y cumplidora y tenemos una inmejorable capacidad de diálogo con todos los países del mundo. Somos un ejemplo de éxito político y además hemos sufrido el terrorismo tanto el interior como el exterior lo cual nos da experiencia y autoridad moral. Esta situación nos va a permitir moderar actitudes, buscar y arbitrar soluciones y sobre todo ayudar a que se genere un clima distinto.

La corrección del rumbo que reclama el presidente electo, pasa por una clave: mejorar a fondo la relación entre Europa y EE.UU.. Eso va a requerir, por parte europea que el eje franco-alemán, en crisis económica y con debilidad política, se dé cuenta de que para seguir siendo el eje esencial de Europa tendrá que evitar la tentación de dar lecciones permanentes de ética a los EE.UU. o de ponerle condiciones de cumplimiento imposible o de reclamar sólo para ellos mismos todo el protagonismo y todo el poder europeo. Francia y Alemania tendrán que aceptar que con esas tácticas se han quedado solos, aislados y sin capacidad de respuesta. Europa tiene que estar presente en las crisis actuales con una voz fuerte y bien consensuada. Sin Europa no hay solución civilizada a los problemas del mundo y sin los EE.UU. no hay solución posible. Vigorizar y dar sentido concreto a la relación atlántica es la solución obvia y la obligación más urgente. Sólo así se podrá crear con paciencia y con tino, un nuevo orden capaz de dirigir esta era de la globalización. En ese nuevo orden, EE.UU. —que tiene la mayoría absoluta de los poderes de la tierra— ejercerán una influencia decisiva, y eso es algo que habrá que asumir sin reservas, pero por el bien del mundo y por su propio bien tendrán que renunciar a la ley del más fuerte como guía básica de conducta y a su torpe convicción de que ellos y sólo ellos están en condiciones de arreglar este caótico mundo y en concreto erradicar el terrorismo —su único enemigo exterior— de la faz de la tierra. El «fracaso esplendoroso» de Iraq les ha hecho ver que es necesario internacionalizar el conflicto y permitir a la ONU que asuma ahora la responsabilidad que debió tener desde un principio. Se ha dicho que EE.UU. llega a las soluciones correctas después de haber intentado antes todas las equivocadas. Sea o no verdad, alegrémonos de que ya estén en el buen camino y evitemos que una promesa electoral se convierta en un remedio peor que la enfermedad.

ANTONIO GARRIGUES WALKER

Jurista